

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

# Estética del Polo Norte Estelas hiperbóreas

MICHEL ONFRAY

TRADUCCIÓN DE DELFÍN GÓMEZ MARCOS



Título de la edición original: ESTHETIQUE DU POLE NORD

Primera edición: septiembre 2015

© de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© de la traducción: Delfín Gómez Marcos

© del diseño de colección: Raúl Fernández

© Editions Grasset & Frasnuelle, 2002

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo  
propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16-5292-0-9

Impreso en España

Depósito legal: M-27157-2015

«Lo que el padre calló, el hijo lo proclama; y a menudo he encontrado desvelado en el hijo el secreto del padre».

NIETZSCHE,  
*Así habló Zaratustra,*  
«De las tarántulas».

# Índice

Homenaje. Fidelidad	13
Primera parte. El tiempo elemental: la rareza	
Capítulo primero. El tiempo geológico: la piedra	17
Capítulo segundo. El tiempo climático: el frío	33
Capítulo tercero. El tiempo expandido: el espacio	47
Segunda parte. El tiempo vivido: la inmovilidad	
Capítulo primero. El tiempo vital: la supervivencia	63
Capítulo segundo. El tiempo petrificado: la repetición	77
Capítulo tercero. El tiempo disimulado: el rito	89
Tercera parte. El tiempo destruido: la desaparición	
Capítulo primero. El tiempo alógeno: la colonización	105
Capítulo segundo. El tiempo robado: el sedentarismo	119
Capítulo tercero. El tiempo agotado: el nihilismo	133
Coda. Serenidad	145
Memorando. El cuerpo de mi padre	149

# Estética del Polo Norte

## HOMENAJE

## FIDELIDAD

Mi padre nunca ha salido de Chambois, el pueblo normando en el que nació un 29 de enero de 1921; nunca ha manifestado el deseo, las ganas o la intención de hacerlo; nunca le he oído maldecir su suerte o rebelarse contra ella; nunca lo he sorprendido codiciando algo; nunca ha renegado de su condición de jornalero, aunque lo haya condenado a la miseria; nunca lo he visto resentido por cómo funciona el mundo, por el papel modesto, subordinado, sin voz, taciturno, que juega la gente de campo, abocada por su trabajo al agotamiento, al cansancio, a la extenuación.

En medio del campo donde plantábamos patatas, con el incesante gorjeo de las alondras de fondo, le pregunté qué lugar elegiría si de repente un genio se cruzase en su camino para hacer realidad el viaje de sus sueños. «El Polo Norte», me respondió. Yo apenas tenía diez años. Debía rondar esa edad cuando, una noche de verano, delante de la puerta de casa, mi padre me señaló la presencia titilante de la estrella polar, que no duerme, que permanece fija en el cielo y sirve al navegante para no perder jamás el rumbo.

Por su ochenta cumpleaños, le regalé un viaje a la Tierra de Baffin, más allá del círculo polar —en el Polo Norte—. Estas páginas cuentan la parte visible.

A mi padre, por lo tanto.

Primera parte

El tiempo elemental: la rareza

## CAPÍTULO PRIMERO

### EL TIEMPO GEOLÓGICO: LA PIEDRA

Antes del tiempo, cuando no había referentes, cuando todo imposibilitaba la arqueología o la genealogía, la superioridad de la piedra era absoluta. Sin hombres que hagan posible la realidad por tener consciencia de ella, la geología impone una duración inconcebible, una eternidad encarnada, una inmortalidad aprisionada en formas duras, temibles, mudas. El mineral se hace oír, cardinal y autoritario, en el silencioso movimiento de los hombres, o de sus parientes, los mamíferos: atomismo petrificado, partículas aprisionadas en el metal del esquisto o de la arenisca, del basalto o del granito.

Piedra tosca por todas partes, en cantidad, abundante. Piedras desprendidas, amontonadas; piedras derrumbadas, en bloques; piedras despeñadas, aleatorias, trazando inmensos contornos que se suman con elegancia a las montañas; piedras cansadas, agotadas, extenuadas, rodadas, gastadas por el vaivén sempiterno del oleaje glacial; guijarros de todos los tamaños, viejas piedras de memoria lenta o piedras filosas recién desprendidas de los acantilados,

desgarradas de las alturas por el viento y la lluvia, la nieve y la helada, la escarcha y el frío, los torrentes y los deshielos.

La mineralidad reina sin concesiones, con sus raras e inhumanas cualidades: la dureza, la compacidad, el despiadado filo de la navaja, la arista cortante, tajante, la inhospitalidad de lo impenetrable. El peligro que presentan los filos es borrado por el tiempo y el mar, por el rompimiento y la resaca, por la ola que se desvanece en un ligero reflujo y la marea que no tarda en reponerse; es redondeado por el tiempo de la eternidad, ese que participa del tiempo de los dioses, el que se mide sin complejos con la vara del infinito. Cantos rodados que caben en una mano, que nos permiten atesorar algo de la inmortalidad de divinidades que no conocemos.

Hasta donde alcanza la vista, la piedra se impone por todas partes: montañas y acantilados, montes y fiordos, imponentes tanto si se contemplan en tierra firme como si se divisan desde el mar, inmensas fracturas entre placas por las que el agua se adentra desde hace milenios, recortes costeros que requieren una labor fina y precisa: toneladas de piedra que parecen dignas de encajeras demiúrgicas o heroicas costureras, Nornas concentradas en tallar, esculpir, minar, explosionar la roca, como si se afanasen en confeccionar celdillas, huecos, volúmenes, redes y polígonos regulares trabajando el mineral, como hacen los humanos con el hilo o el soplo místico.

En su materia marrón, ocre, gris, veteadada de raras micas, la piedra captura espléndidamente las variaciones de la luz. Son las únicas concesiones hechas al tiempo: las imágenes en movimiento que se inmiscuyen en un mundo eternamente inmóvil. Allí donde se manifiesta el mineral, la eternidad habla; cuando lo hace la luz, es el tiempo el que se expresa. Ante la ausencia de referencias cronológicas, la niebla, la lluvia y el sol se encargan de modular las variaciones, los cambios, las transformaciones. Cuando uno cree quedarse sin aliento, cuando la eternidad parece oprimirnos la garganta, el tiempo regresa en forma de sombras, de fulgores, de opacidad, de multitudes oscuras, de soplos apagados, tenues, difuminados.

La bruma envuelve, circunscribe, rodea, asfixia discretamente, ahoga, encierra en enormes abrazos invisibles, además de enrarecer el aire, cortar la respiración, robar el oxígeno, enfriar los pulmones y acortar la respiración de los humanos; la lluvia impregna, penetra, cala hasta los huesos, arruga la piel, elimina las superficies lisas y perla lo que toca de fríos gránulos; el sol vaporiza, calienta, seca y revitaliza. La piedra vive bajo la ley de estos fenómenos: la bruma la alisa y la ennegrece, el agua la envuelve y la oscurece, el sol libera sus colores —grises, azules, violetas y rosas—. Granos revelados, materias que se hacen notar, cromatismos desconcertantes, materias exacerbadas: las piedras salvajes sacan a la luz las verdades más antiguas.